

Resulta curiosa nuestra propensión a las etiquetas. A colgarle a todo el mundo una personalidad que no se corresponde con la realidad. Lo que viene a ser «encasillar», atendiendo a las acepciones dos, tres y cuatro del DRAE («clasificar a alguien o algo»; «considerar o declarar a alguien, muchas veces arbitrariamente, como adicto a un partido, doctrina, etc.»; «clasificar personas o hechos con criterios poco flexibles o simplistas»). Una primera impresión puede bastarnos, aunque también nos dejamos llevar por la exposición de una opinión, un punto de vista o una mera interpretación errónea de la conducta.

Porque, a veces, nuestra fama es sólo la consecuencia de una visión distorsionada que otros tienen de nosotros, baqueteada por los subjetivos filtros de la conciencia privada. Nos ven como quieren vernos, sin aceptar variedad alguna. Percepciones mal procesadas que nos tachan de por vida. Les son suficientes un par de ratos para configurar nuestra personalidad de manera cerrada, con sólida consistencia, y que ya no perecerá jamás.

Cabe la posibilidad de que seamos nosotros quienes exterioricemos una personalidad difusa, o alejada de nuestro modo de ser, bien porque nos apetezca, bien porque, llegado el momento, acaba siendo lo que se espera de nosotros. Ante esto, ya no hay salvación. Cualquier manifestación novedosa de nuestra personalidad se recibirá con sorpresa, con recelo o con reacciones airadas, como si no fuera idónea, honorable o sincera. Esto supone coartar nuestra libertad y, fundamentalmente, contener nuestra natural evolución. O peor, negarla. Entender que el paso de los años, el cúmulo de experiencias, la absorción de conocimientos, el acaecer de la vida, ni nos afectan ni nos cambian. Asumir cómo somos y conservarnos en salmuera para la eternidad.

No deja de ser peligroso de suyo el hecho de que, no esperándose otra cosa de nosotros, quedemos obligados a comportarnos de igual modo siempre. Si uno es gracioso, deberá olvidarse de perfilar un gesto serio; si uno es soso, no podrá contar un chiste; si uno es frío, tendrá prohibida la actitud cariñosa; si uno es honesto, no podrá permitirse la comprensión; si uno es irónico, no expulsará comentario respetuoso... Ah. Nadie se comporta las veinticuatro horas del día siguiendo un único carácter. Salvo problema psicológico grave. Pese a, son fracciones del día, captadas por arbitrio o casualidad, las que nos pueden marcar, encasillar, de quedar a disposición de aquellos dispuestos a la simpleza de lo inmediato, negándose, por comodidad o vagancia, a profundizar más allá, o preocuparse por conocer otros aspectos de nuestra personalidad.

Ni siquiera hoy, con multitud de medios de comunicación presta, somos capaces de conocer la verdadera personalidad de alguien. O continua sin apetecernos, pues, una vez ha sido debidamente encasillado el sujeto en cuestión, nos es fastidioso comprometernos con originales criterios, los cuales no nos reportarían más que insufrible esfuerzo.

Sí, sí, lo sé. Existen personas celosas de su intimidad, o muy suspicaces. Personas que no se muestran abiertamente, excepto con aquellos a quienes, por amor, amistad o confianza, se entregan en plenitud. Para ese tipo de personas, tecleado sea de paso, la decepción es más dolorosa, y el daño mucho mayor. Si les cuesta mostrarse a los demás, sentirse traicionados, defraudados o desencantados significa tanto clausurar sus relaciones sociales hasta casi finiquitarlas, como buscar la seguridad de la máscara del histrionismo, forjando, representando, personalidades ficticias que protegerán la delicada personalidad genuina, concediendo la tranquilidad emocional, ignorantes de que el desengaño forma parte de la vida, estado incondicionalmente humano.

Aunque lo del encasillamiento, sea para propiciar el alago o la descalificación, lo preferimos con la pura opinión aislada. Si alguien se expresa favorable a la actual legislación del aborto, rechazando los planes ministeriales de restricción, habrá quien lo tilde de rojo; si alguien propone unificar los sistemas educativos, de facha. Si alguien reniega de la inmisión de la Iglesia en los asuntos de Estado, de ateo; si alguien asiste semanalmente a misa, de beato. Pero, ¿y si las diversas opiniones confluyen en la misma persona? ¿Acaso sería una quimera juzgar razonables principios valorados por otros como «enfrentados»? ¿Cuál es la jaquecosa manía que nos conduce a atribuir principios en exclusiva, dirigiéndonos hacia fanatismos exacerbados? ¿A encasillar y etiquetar con desfachatez?

Emitir un comentario no ha de implicar una rauda catalogación, sólo constata un punto de vista, un argumento o una reflexión fruto de una interna actividad crítica. O de un impulso espontáneo. El caso es que ocurre lo contrario. Cogemos al vuelo la idea lanzada y la devolvemos clavándola hasta la mímesis, quedando entonces la víctima estigmatizada sin remedio. Y claro, ante este panorama, quién carajo va a descubrir su auténtica personalidad.

Julián Valle Rivas.